

RAFAEL AZCONA

El repelente
niño Vicente

Índice

- Carta que puede servir de prólogo, 11
- Los amantísimos padres, 15
 La díscola Pepita, 18
 Noticias de París, 21
- La gestación de Vicente, 24
- Nacimiento y bautizo, 28
 En pañales, 31
- Una sesión académica, 34
 Vicente habla, 37
- Del «ajito para el nene», 40
- Las amenas ciencias recreativas, 43
 El eclipse, 46
- Una instancia a los Reyes Magos, 49
 De párvulo, 52
- El profesor particular, 56
 La vocación, 61
- De los niños prodigios, 64
- Vicentito y Manolín (aleluyas), 67
 En el colegio, 72
- Gregorito el malo, 76

- En el cinematógrafo, 79
- De vacaciones, 83
- Ejercicios de redacción, 87
- El futuro hermano político, 90
 - El niño pobre, 94
- La voz de la experiencia, 98
- La azul inmensidad, 102
- El amor, esa cosa maravillosa, 105
- Las bonitas canciones de moda, 110
- Del diario de Vicente, 113

*A las personas mayores
que no han dejado de ser niños*

Carta que puede servir de prólogo

Sr. D. Rafael Azcona, Madrid.

Muy señor mío, de toda consideración y respeto:

He tenido el disgusto de leer el manuscrito en el que usted ha tenido desvergüenza de relatar distintas peripecias de mi corta existencia. Antes de nada, permítame expresarle mi más firme protesta.

Solicita usted mi opinión sobre su Vida del repelente niño Vicente. Voy a acceder a sus deseos, pero deberá ser cruel a fuer de sincero: usted no puede considerarse discípulo —ni mucho menos heredero— del egregio Plutarco; usted no tiene ni idea de la retórica, usted es un mixtificador que se salta con una pétiga el rigor cronológico y, si a mano viene, el no menos respetable rigor mortis.

Si, como parece, siente usted el sagrado fuego de la vocación literaria, sude usted sangre leyendo a los clásicos más antiguos, aprenda lo que es la diégesis y la etopeya (por no hablar de la diáfora, del metaplasmo, del oxímoron y la sinécdoque) y rinda culto a la verdad histórica: solo así alcanzará un día la gloria de colocar bajo su firma el envidiado «de la Real Academia», título que le dará derecho a acarrear palabras nuevas a tan docta institución para que el diccionario se ponga cada día más gordo (perdón, más voluminoso) y quizás así, cuando usted ya haya fallecido, el municipio lo inmortalice con una estatua de cuerpo entero luciendo sombrero de copa, gabán con cuello de terciopelo y botas

de elásticos, que son las prendas que convienen a los literatos insignes, mientras que los uniformes con charreteras, sables y caballos quedan para los heroicos generales, las huchas y alcancías para los fundadores de cajas de ahorros, los niños huérfanos y desamparados para los creadores de hospicios, y los yunque y arados para los sufridos trabajadores de la metalurgia y de la gleba.

Luego, tras adularme con sus lisonjas, me pide la oportuna autorización para proceder a la publicación de su obra; convenientemente asesorado por la Ley de Imprenta y otros pertinentes textos legales, una vez obtenido el oportuno permiso paterno, tomo la péñola para comunicarle que me veo obligado a negarle lo que de mí solicita, y en consecuencia NO LE AUTORIZO a que dé su obra a las maravillosas máquinas en que, gracias al progreso de la técnica, han venido a convertirse los rudimentarios ingenios que utilizara el ingenioso Gutenberg cuando, en la lejana Maguncia, inventaba esa madre nutricia de la industria y el comercio que es la imprenta.

Y sin embargo... Aún soportando ese cúmulo de defectos que antes le apunto, su obra podría llegar a manos de lectores que supieran ver entre líneas toda la razón que me asiste para ser como soy: un niño estudiioso, serio y formal, enemigo de todo tipo de burlas, bromas y cuchufletas. ¿Cabe mayor satisfacción que servir de modelo a todo niño ansioso de convertirse en un hombre de provecho, supongamos que en cartero si posee unos fuertes pies, o en escribiente si tiene buena letra, y no en jugador de balompié o en bohemio de café, respectivamente? Porque los carteros que reparten la correspondencia y los escribientes que llevan la contabilidad por partida doble contribuyen al progreso del comercio y de la industria, mientras que a los futbolistas y a los bohemios, del comercio y de la industria se les da una higa, obsesionados como están los unos por golpear un pelotón, incluso con la cabeza, y adictos los otros al café con leche, preferiblemente con pan untado con manteca.

¿Por qué no elimina usted de su obra todo lo que atenta contra la moral y el patriotismo, la virtud del ahorro, los buenos sentimientos en general y la legislación vigente? Si así lo hiciera, yo tendría mucho

gusto en autorizar su publicación para que mi vida sirva de ejemplo a los niños descarriados.

En consecuencia, reciba usted con mis admoniciones la esperanza de que, arrepentido de sus errores, dé usted muchos días de gloria a nuestra querida España.

Vicente

PD. Me permito aconsejarle que escriba una hache delante de la palabra «uevo». Localizará tan horrorosa falta de ortografía en la página que usted dedica a relatar la vida de mis queridos padres, pasaje referente al huevo frito.

Los amantísimos padres

Como la mayoría de los niños, Vicente necesitó del concurso de un padre y una madre para venir al mundo, pero en su caso se trató de progenitores muy especiales: don Alberto ya quería ser jefe de administración cuando todavía llevaba pantalón corto, y doña Victoria fue «sus labores» desde la más tierna infancia.

Vamos, que habían nacido el uno para el otro, y que en lugar de enamorarse en un baile, en un cine o en una excursión campestre, que es donde se solía enamorar la juventud en aquellos tiempos, quienes iban a procrear a Vicente se enamoraron en una conferencia, espectáculo que la pareja prefería a cualquier otro tipo de entretenimiento siempre que la conferencia fuera clasificada como «Recomendada para jóvenes sin formar». Los jóvenes de la época se consideraban moralmente formados a partir de los treinta o cuarenta años; eso dependía, como la madurez de los melones, de que fueran tempranos o tardíos.

La conferencia que incubó su idilio se titulaba «El dinero no hace la felicidad, y donde esté la salud que se quite todo», y en ella el conferenciente, un financiero que tenía como violín de Ingres aleccionar al prójimo —sobre todo al prójimo económicamente débil—, dejó bien claro que la riqueza hace muy desgraciados a los ricos y que en cambio los pobres son felicísimos gracias a su pobreza. «Es por esto que los pobres —dijo el altruista financiero para terminar— en lugar de incender la Dirección General de Lo-

terías cuando no les toca el gordo en Navidad, se consuelan diciendo que donde esté la salud que se quite todo».

Las miradas de Alberto y Victoria —todavía no tenían «don» ni «doña»— se encontraron cuando aplaudían enfervorizados al conferenciante, y así se produjo el flechazo.

En honor a la verdad hay que dejar constancia de que, aparte del papel de Cupido que el citado conferenciante representó aquella tarde, la pareja ya estaba madura para crear un hogar: don Alberto vivía en una clásica pensión madrileña desde la muerte de sus ancianos padres, y ya se sabe lo que son las clásicas pensiones madrileñas: cuando el huésped protesta por lo mal que le zurcen los calcetines, la patrona le suelta un clásico «¡Anda y que te zurzan!», y el huésped, acatando la orden, va y se hace novio de una señorita dotada de costurero, y doña Victoria, además de costurero provisto de su huevo de madera para zurrir, tenía muy buena mano para hacer croquetas.

Así que a su debido tiempo —doce años de casto noviazgo, consecuente y sacrosanto matrimonio, y honesto uso del mismo— don Alberto y doña Victoria se convirtieron en autores de los días de nuestro biografiado.

El matrimonio no vivía en la opulencia, pero tampoco en la estrechez: vivía en Madrid, calle de Fuencarral 133. Don Alberto no había llegado todavía a jefe de administración, pero con su sueldo podían pagar el alquiler, comprar acelgas, pescadillas y huevos fritos, y ahorrar diez o doce pesetas todos los meses; no podían tener criada, pero la tenían, porque doña Victoria, apenas empezó a engordar, se dedicó a visitar y a recibir visitas y ya no le quedaba tiempo ni para hacer las croquetas. Obvio es decir que constituían lo que se llama un matrimonio bien avenido y que, en consecuencia, se aburrían horrores. He aquí su plan de vida:

Se levantaban a las ocho de la mañana, y aunque las porras le convertían los jugos gástricos en ácidos abrasivos, don Alberto, respetuoso con las tradiciones, desayunaba lo que su padre desa-

yunó hasta el día de su muerte —un par de porras remojadas en un café compuesto de cebada torrefacta y achicoria—, y ya con el esófago en carne viva, se despedía de su señora con una frase ritual: «Y ahora al ministerio, a cumplir con mi misión de probo funcionario», pero se callaba «que consiste en ponerle trabas y cortapisas a toda cabeza de contribuyente que se asome a la ventanilla». Doña Victoria, en cambio, se pasaba la mañana zampándose cualquier clase de fécula que se pusiera en su camino, y riñéndole a la criada y al gato.

A las dos de la tarde, cuando don Alberto regresaba de ponerle impedimentos al contribuyente, y salvo en Cuaresma, que solo comían bacalao, en el almuerzo alternaban las acelgas con las espinacas y la pescadilla de ración con la carne de pescuezo, pero los jueves se atiborraban de cocido madrileño, que según decía don Alberto era, con el sol de España, lo que más nos envidiaban los extranjeros; los domingos los festejaban con un arroz con conejo y la digestión la hacían a diario dando cabezadas don Alberto mientras leía el *ABC*, y regañándoles doña Victoria a la criada y al gato.

Las visitas se realizaban al atardecer y consistían en ir a las casas de otros matrimonios, o de recibirlas en la propia, y tanto en una como en otras, los caballeros repetían lo que habían leído en el periódico o, cuando venía al pelo, hablaban de enfermedades crónicas e incurables; las señoras comentaban lo caro que estaba todo, y si podían, en un descuido de los anfitriones, pasaban el dedo por los muebles para ver si tenían polvo.

Por la noche cenaban siempre huevo frito con croquetas, y el aburrimiento acumulado a lo largo de la jornada los derrumbaba en la cama completamente estupidizados, o sea, prácticamente dormidos. No nos debe extrañar, por tanto, que la pareja tardara lo suyo en generar a su primer vástagos. Que —ya es hora de aclararlo— no fue el repelente niño Vicente, sino la díscola niña Pepita.

La díscola Pepita

De no formar un matrimonio tan decente y tan ejemplar, don Alberto podría haberse ido al café a fumarse un puro y a jugar al dominó con los amigotes, o acompañar al teatro a doña Victoria para admirar a Celia Gámez en aquellas revistas que presentaba con tanto lujo y que terminaban con una vistosa apoteosis: la famosa *vedette* bajaba por una escalera sin caerse, lo que tenía su mérito, pues lo hacía con un traje lleno de plumas, encaramada en unos tacones altísimos y, además, cantando un popurrí de la obra.

Pero no: como ya se ha dicho, el matrimonio se quedaba en casa, y a las diez de la noche se metía en la cama con las conciencias muy tranquilas. Y con el gato, que como estaba capado no salía de picos pardos.

Pese a todo, la naturaleza se las arregló para que llegara el primer fruto de la coyunda, un fruto que, como habría de deplourar don Alberto tiempo después, más que fruto fue una oveja, y además, negra: Josefa, su primogénita, entró en el mundo sonriéndole al ginecólogo, como si el mundo fuera una verbena y no un valle de lágrimas, y a medida que fue creciendo desarrolló la perversidad típica de las ovejas negras del género femenino: desde su sillita infantil se miraba en los espejos retrovisores de los automóviles, en lugar de dar sus primeros pasos intentó bailar unas sevillanas, y los jueves, aprovechando que ese día tocaba cocido madrileño, se las arreglaba para pintarse los labios con el chorizo.

—Parece mentira. Pero, ¿a quién ha salido esta oveja, digo esta criatura? —se preguntaba desolado don Alberto.

Doña Victoria balbuceaba que no lo sabía, pero el pensamiento se le iba a aquel tío segundo de su madre, un crápula llamado Constante que, entre otros muchos pecados, de joven cometió el de irse a París para dejarse el pelo largo, llevar chalina, tomar ajenjo en los bistrós y bailar la java en los cabarés.

¿Por qué se permitían aquellos caprichos las leyes de la herencia?, se afligía doña Victoria en silencio. Y trataba de catequizar a su hija contándole lo ejemplar que ella había sido en su niñez:

—A tu edad lo que más me gustaba era hacer buenas obras: los domingos, al salir de misa, les pedía cinco céntimos a mis padres y los repartía entre los pordioseros, y luego salía al campo para recoger pajarillos caídos de sus nidos. En cuanto a los juegos, me divertía mucho hacer la salsa besamel, básico ingrediente de las croquetas, y aunque me costaba muchos pinchazos, al primer descuido de mi mamá, abría su costurero y jugaba a zurcir calcetines con el huevo de madera.

Todo inútil, a aquella criatura no había manera de catequizarla: tantos y tan grandes fueron los disgustos que dio a sus padres, que el matrimonio se abstuvo durante un decenio de hacer uso del mismo —del matrimonio, no del decenio—, un decenio en el que don Alberto siguió escalando puestos en el escalafón, doña Victoria redondeó su aspecto de mesa camilla y Josefa pasó del descoco al desacato al proclamar que quería llamarse Pepita, ser rubia y hacerse la permanente.

El decenio, por su parte, transcurrió como suelen transcurrir los decenios, o sea, de diez en diez años, y al cabo de ellos don Alberto y doña Victoria, no se sabe bien cómo, se vieron en el trance de preguntarle a la niña si quería que la cigüeña le trajera un hermanito. La respuesta de Pepita estuvo a punto de convertirla en parricida por partida doble, pues puso a sus padres al borde de una congestión cerebral:

—¿Y para qué quiero un hermano? Mejor un vestido con lentejuelas. Porque de mayor voy a ser bailarina.

Pero la gestación de lo que luego se llamaría Vicente siguió su curso y la cigüeña le trajo a Pepita el hermanito, no las lentejuelas.

Noticias de París

Cuando doña Victoria tuvo noticias de París, la buena señora se sofocó mucho. Luego, refrescada y tonificada con un buche de agua del Carmen, le preparó una taza de tila a su esposo antes de comunicarle la buena nueva.

La tila se la preparó porque no había olvidado la solemne promesa que hizo don Alberto el día que Josefa se declaró en huelga de hambre:

—O me llamáis Pepita, o no ceno —les amenazó la díscola.

—¡Una y no más, Santo Tomás! —clamó don Alberto, echando espuma por la boca.

Así que una noche, después de cenar y antes de que se durmiera, doña Victoria obligó a su esposo a tomarse la tila:

—Ya sé que no estás nervioso. Pero no se trata de calmarte, se trata de que no te excites. Tengo que decirte una cosa.

—¡Pepita! —aulló su esposo, porque la niña se había salido con la suya y ya hasta su severo padre la llamaba así—. ¿Qué ha hecho esa desgraciada?

Y se tomó la taza de tila de un trago, con lo cual, en lugar de calmarse, se excitó hasta el paroxismo: la tila estaba a cien o doscientos grados de temperatura y el hombre se escaldó como una langosta sumergida en agua hirviendo:

—No de se trata de Pepita; se trata de que vamos a tener un...

—Doña Victoria no se atrevió a decir lo que iban a tener, porque

don Alberto pitaba como pitán las langostas cuando se las sumerge en agua hirviendo:

—Habla, ¿qué es lo que vamos a tener? —pitó la langosta, digo don Alberto, mientras hacía colutorios y gárgaras con aceite de oliva, bálsamo muy recomendado para las quemaduras caseras.

—Pues vamos a tener un... un... un...

—¿Un nibelungo? —supuso el abrasado, llenando de lamparones su pijama al escupir el aceite.

—No, no, vamos a tener un ni...

—¿Un nitrato potásico? —volvió a errar don Alberto, tan lacerado como obtuso.

—Que no, que no... Lo que vamos a tener es un ni...

—¿Un níspero? —intentó acertar por tercera vez el pobre hombre.

—No, Alberto. Vamos a tener un...

Doña Victoria bajó la mirada para ruborizarse con mayor propiedad y don Alberto pitó:

—¡Victoria, no estoy para adivinanzas!

—... lo que vamos a tener es un niño.

Es de dominio público que las úlceras de estómago y otras graves dolencias desaparecen en caso de hambrunas, guerras y grandes catástrofes; para don Alberto la noticia de que iba a ser padre de nuevo debió de representar una hecatombe de las enormes, porque fue mano de santo: al revivir los dolores, disgustos y sinsabores que les había proporcionado Pepita en el decenio que acababan de dejar a la espalda, la llaga que era su boca sanó en el acto, y a la vez recuperó el sentido común, aunque solo fuera por un momento:

—Victoria: ¿cómo ha podido suceder?

—No lo sé... Pero ya que ha sucedido, Dios quiera que sea niño. Así tendremos la parejita.

Aquella noche don Alberto no pudo dormir y la dedicó a desbarrar —don Alberto, cuando se ponía a pensar, en lugar de pensar

desbarraba—, y para empezar asumió que también él era partidario de que la cigüeña les trajera un varón, pero no para completar la parejita, sino porque las mujeres —excepto su propia madre y su propia esposa, naturalmente— solían ser menos serias que los hombres: «Lo demuestra el hecho de que son incapaces de dejarse la barba, que es una cosa que imprime tanta gravedad al rostro varonil», decía su pobre padre, que en paz descansaba.

—De acuerdo: del mal, el menos —desbarró don Alberto en voz alta. Y aclaró—: O sea, que sí, que mejor que sea niño.

Pero como doña Victoria había entrado en el primer sueño, el hombre se resignó a seguir desbarrando a solas. Y en ello estaba, buscando un ejemplo y un guía para lo que ya crecía en el vientre de su señora, cuando en la oscuridad se le apareció don Marcelino Menéndez Pelayo, a quien el ABC de aquella mañana llamaba «insigne polígrafo» bajo una foto en la que se le veía sentado en un sillón, el sillón y don Marcelino inmortalizados en mármol.

Aunque el título y la estatua le habían producido una gran impresión, don Alberto se removió incómodo en la cama: los literatos, incluso los que lucían largas barbas, le merecían muy poca confianza. Rara era la novela que no hablaba de amores culpables, cuando los amores recomendables eran los bendecidos por confesores, padres y maestros, y menos se podía fiar uno de los poetas, que con la disculpa de que la musa no acudía a sus requerimientos, se pasaban la vida sin dar golpe. ¿Adolecerían también los polígrafos de tan vituperables hábitos?, se preguntó don Alberto.

Y decidió consultarla con el vecino del tercero derecha, el señor Porrusalda, académico correspondiente de diversas academias, a quien tenía por un pozo de ciencia.

La gestación de Vicente

—No, de ninguna manera: don Marcelino solo se ocupó de temas seriecísimos —le explicó a don Alberto el académico Porrusalda—. A los polígrafos, sobre todo si son insignes, y mucho más en el caso de don Marcelino, que también fue un egregio erudito, no se les pasa ni por la antesala de la imaginación dedicarse a las banalidades. En cuanto a los poetas, discrepo. ¿Me va usted a tirar a la papelera una composición como la *Oda al Dos de Mayo*?

Y subiéndose a una silla como si fuera un arengario —la silla, no el académico—, el señor Porrusalda recitó:

«*Oigo patria tu aflicción,
y escucho el triste concierto,
que forman tocando a muerto
la campaña y el cañón...».*

Y lo que sigue.

En consecuencia, don Alberto decidió que su esposa se leyera las obras completas del egregio erudito para que la mente de su futuro hijo se fuera formando ya en el vientre materno. Desgraciadamente, la simple relación de los títulos de tales obras era tan ingente que doña Victoria fue atacada por un fortísimo dolor de cabeza, amén de varios amagos de vértigo, y don Alberto, después de colocarle en las sienes unas rodajas de patata cocida —infalible remedio casero contra jaquecas, cefalalgias y migrañas—, aten-